

## DIA V.

## MARTIROLOGIO.

SAN LORENZO JUSTINIANO, primer patriarca de Venecia; el cual con su virtud y con la gloria de hacer milagros ilustró la silla pontifical, á la que contra su voluntad fué promovido en este dia. Su tránsito se celebra el dia 8 de enero. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN VICTORINO, obispo y mártir, en Roma, en un arrabal; el cual siendo esclarecido en santidad y milagros, por aclamacion del pueblo fué elegido obispo de Amiterno; despues en el imperio de Trajano fué desterrado con otros siervos de Dios (los santos DOMITILA, EUTIQUE y MARON) á Contigliano, en donde hay manantiales de agua caliente y sulfúrea; y allí por mandato del juez Aureliano lo colgaron cabeza abajo (esto es, metido de cabeza en las aguas sulfúreas): tres dias enteros sufrió este tormento por el nombre de Jesucristo, al cabo coronado por su constancia pasó al premio de su victoria: los cristianos sacaron su cuerpo de allí, y en Amiterno le dieron honrosa sepultura.

EL TRÁNSITO DE SAN HERCULANO, mártir, en Porto, junto á Roma. (Era soldado romano, y murió despedazado por las fieras en Ostia el año 232.)

LOS SANTOS MÁRTIRES QUINCIO, ARCONCIO Y DONATO, en Capua.

SAN RÓMULO, mayordomo de Trajano, en el mismo dia; el cual como mostrase horror á la crueldad del emperador contra los cristianos, fué azotado con varas y degollado.

EL MARTIRIO DE LOS SANTOS SOLDADOS EUDOXIO, ZENON, MACARIO Y OTROS MIL CIENTO Y CUATRO COMPAÑEROS, en Melitina en Armenia; los cuales abandonando la milicia, fueron martirizados por confesar á Jesucristo en la persecucion de Diocleciano.

LOS SANTOS MÁRTIRES URBANO, TEODORO, MENEDEMO Y SETENTA Y SIETE COMPAÑEROS ECLESIASTICOS, en Constantinopla; los cuales por confesar la fe católica, por orden del emperador Valente los metieron en un barco (viejo, al cual pegaron fuego en alta mar, y los ilustres confesores volaron desde allí á la gloria.)

SAN BERTIN, abad, en una aldea de Terovana, en el monasterio de Sithieu. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SANTA OBDULIA, virgen, en Toledo. (*Véase su noticia en las de hoy.*)

## SAN LORENZO JUSTINIANO, OBISPO Y CONFESOR.

SAN Lorenzo Justiniano, cuya memoria celebra hoy la santa Iglesia, fué de la ilustre casa de Justiniani, tan conocida en Venecia, en Génova, en el reino de Nápoles, en la isla de Córcega, y en la de Chio. Nació en Venecia el dia primero de julio

del año 1381, siendo sus padres Bernardo Justiniani, y Quirina, señora mucho mas respetada por su virtud, que por el esplendor de su sangre. Salió Lorenzo al mundo con tan bello natural, con inclinaciones tan nobles y tan cristianas, que el gran cuidado de sus padres en darle la mejor educacion solo sirvió para que se descubriese mas de cerca la nobleza de su genio y las excelentes prendas de su grande corazon. Quedó viuda su madre siendo aun muy jóven, y dedicó toda su aplicacion á criar bien á Lorenzo. Considerando un dia la modestia, la circunspeccion; el extraordinario juicio que mostraba en todo el tierno niño, acompañado todo de cierta grandeza de alma, poco correspondiente á su edad, se la ofreció si acaso seria efecto de alguna soberbia oculta, secreto orgullo y propia satisfaccion. Declaró á Lorenzo estos temores; y el santo niño le respondió sonriéndose: *No temais, madre y señora, no tengo otra ambicion que la de ser cada dia mayor siervo de Dios, y mas devoto que todos mis hermanos.*

Presto verificó su proceder esta especie de profecía, pues no hubo niño que menos lo fuese, ni menos lo pareciese. Fué su primera juventud como un prodigio de inocencia y un milagro de virtudes. En medio de una multitud de jóvenes viciosos, divertidos y disolutos; en un siglo en que la corrupcion de las costumbres parecia haber inundado toda la tierra; este caballerito jóven, rico, bien dispuesto, lleno de espíritu y de fuego, en la edad de diez y ocho á veinte años fué perfecto modelo de todas las virtudes, y la admiracion de toda Venecia.

Alma tan privilegiada no estaba destinada para el mundo, habiéndole formado el Señor para ornamento del estado regular y para gloria del eclesiástico. Aunque vivia en el mundo como el mas perfecto religioso, suspiraba sin cesar por el retiro del claustro, haciéndosele intolerables las mas inocentes conversaciones por el amor que tenia á la oracion, á la soledad y al recogimiento. Acompañaba siempre al fervor del espíritu la mortificación de la carne, y aplicaba todas sus buenas obras, ejercicios y penitencias para que el Señor le diese á conocer el estado en que era su voluntad le sirviese; pues no reconocia otra regla para gobernar todas sus operaciones. Tardó poco en resolverse; porque hallándose un dia en oracion á los pies de un Crucifijo, y en presencia de una imagen de la santísima Virgen, sintió su corazon todo encendido en un género de desacostumbrado fervor; y renunciando desde entonces generosamente todas las tentadoras esperanzas con que el mundo le lisonjaba, y todas las conveniencias de su ilustre casa, resolvió vivir en adelante para solo Dios, sin reconocer jamás otro amo, ni otro dueño.

Acabada su oracion, se fué derecho al convento de los canónigos regulares de S. Jorge de Alga, isla que forma el golfo como á media legua de la ciudad; pidió con instancia ser recibido en el número de ellos, y como abogaban por él su nobleza, su virtud y todas sus bellas prendas, logró desde luego lo que pretendia.

No solo no tuvo que mudar de vida con la mudanza de estado, sino que fué preciso moderar en la religion su fervor, y poner tasa al rigor de sus penitencias. Nombrósele por maestro de novicios á su tio materno Martin Quirino, hombre de santa vida; pero éste muy desde luego confesó con ingenuidad que su novicio estaba mucho mas adelantado en los caminos de Dios que su maestro y director. Contaba á la sazón solos diez y nueve años; y no obstante eran tan extraordinarios sus progresos en la virtud y en la ciencia de los santos, que ya desde entonces era modelo de perfeccion á todos los religiosos. Desde el primer dia de su noviciado se prescribió ciertas devociones, que jamás omitió despues en todos los dias de su vida. Sus abstinencias y sus ayunos fueron muy rigurosos y continuos, sus vigiliass escesivas. Quedábase en la iglesia desde maitines hasta prima, y jamás se arimaba á la lumbre por violento y por cruel que fuese el frio, aunque era de un temperamento extraordinariamente delicado, débil y sensible. Impúsose una ley de no beber jamás fuera de las comidas, aunque se abrasase de sed y de calor. Intimáronle algunos padres ancianos á nombre de todo el capítulo que moderase sus rigores: *Bien está*, respondió el Santo, *yo obedeceré; pero ya cuidará Dios de recompensarme por otra parte de vuestra demasiada indulgencia*. Efectivamente, pocos dias despues se cubrió de lamparones; pusiéronle en cura, aplicáronle el hierro y el fuego muchas veces; atormentáronle horriblemente, dando igual ejercicio á su paciencia, que á la admiracion de cuantos eran testigos de su invencible sufrimiento; pues no dió otra señal de sus vivísimos dolores que pronunciar los dulcísimos nombres de Jesus y de María. Y aun así como que se avergonzaba y se reprendia de su poco valor, comparando lo que padecia con los tormentos de los santos mártires, que tantas veces sufrieron el de las planchas encendidas.

Era la humildad su favorecida virtud, y así nada deseaba con mayor anhelo que pasar toda la vida en un estado humilde, oscuro y abatido; pero en este particular no condescendieron los superiores con su inclinacion, ni dieron oidos á su repugnancia. Obligáronle á recibir los sagrados órdenes, y le elevaron á los primeros empleos de la religion. Concurrían en tropas los fieles á oírle celebrar el santo sacrificio de la misa por la devocion con

que se ponía en el altar; y las muchas lágrimas que derramaba compungían á los asistentes, avivando en ellos las luces de la fe. Sin atender á su corta edad ni á los pocos años que tenia de religion le hicieron superior, obligándole á ocupar los primeros puestos que desempeñó siempre con dignidad y con acierto. Por los sabios y prudentes estatutos que formó cuando le eligieron general, es reputado por el verdadero fundador de la congregacion de S. Jorge. Segunda vez le hicieron general de toda la orden, cuando el papa Eugenio IV, plenamente informado del extraordinario mérito y de la eminente virtud del siervo de Dios, le hizo obispo de Venecia en el año de 1433. Por mas que se resistió le fué forzoso obedecer y consagrarse, velando en la iglesia, y pasando en oracion toda la noche que precedió al dia de su consagracion.

Hallándose ya obispo, no por eso alteró en nada la religiosa vida que habia observado entre los canónigos reglares de S. Jorge. Sin cercenar un punto su oracion aumentó las vigiliass, por tener mas tiempo entre dia para dedicarle á los negocios y á las necesidades de su rebaño; y por mas que procuraba disimular sus mortificaciones y sus abstinencias, le fué imposible ocultar á la noticia del público una parte de sus mas secretas austeridades. Pero donde mas resplandeció su modestia y su cristiana simplicidad fué en el arreglo de su familia y en la frugalidad de su mesa. Aunque se veía elevado á una de las mayores sillass episcopales de la Iglesia, no gobernó su tren y su equipaje por otras reglas que por las de su virtud y su humildad. Decia que todo el esplendor de su dignidad se debía derivar de la virtud; queria que los pobres entrasen siempre á la parte de sus rentas, y que, por decirlo así, fuesen contados en el número de sus familiares y de sus domésticos.

La dureza con que en todo tiempo trataba á su inocente cuerpo, nunca disminuyó ni su afabilidad, ni la inalterable dulzura con que recibía á todo el mundo; ganándole tanto el corazon de todos, que esto mismo le facilitó la reforma de su clero; pues al ver su admirable desinterés, y movido de sus grandes ejemplos, se sujetó á todo lo que quiso, y admitió cuanto le prescribió para restituir á su antiguo vigor la disciplina. Muchas veces se anticipaba á sus edictos la reforma de las costumbres. Amaban y estimaban tanto las ovejas al pastor, que ninguna se atrevia á descarriarse del aprisco; oyendo todas su voz con tanta docilidad y con tanto respeto, que á la primera visita mudó de semblante todo el obispado. Ultrajáronle ciertos hombres disolutos y atrevidos con algunas sátiras mordaces y picantes; pero el santo

obispo no se valió de otros medios para convertirlos, que de su paciencia y de su moderacion. No hubo impiedad tan orgullosa ni tan fiera que pudiese resistir á su virtud, desarmando su mansedumbre á los mas insolentes, cuya conversion se consideró como uno de sus mayores milagros. Muchos obró su extraordinaria caridad con los pobres. Sucedió no pocas veces que despues de consumido y espendido todo el dinero por asistirlos en sus necesidades, se halló socorrido de Dios por caminos imprevistos y no esperados. Pidióle un pariente suyo algun socorro para casar á una hija suya como correspondia á su calidad, y el santo obispo, sordo siempre á las voces de la carne y sangre, le respondió, que si le daba una corta cantidad, de nada le servia; y si se la daba mayor, cometeria un hurto quitando sus bienes á los pobres.

Nunca se comprendió mejor el mucho bien que puede hacer un santo obispo en su diócesi, que en el pontificado de nuestro Santo. Sus rentas eran cortas, pero era grande su zelo. Sustentaba una multitud de pobres, que al parecer bastaban para empobrecerle á él; siendo muy rara la familia necesitada á quien no socorriese con alguna limosna. No solo aumentó el número de los canónigos de su catedral, fundando algunas prebendas para que se celebrasen los oficios divinos con mayor dignidad, sino que fundó tambien muchas iglesias colegiales en muchos lugares de su obispado, donde hasta entonces apenas habia un sacerdote. Igualmente fundó él solo quince comunidades religiosas, proveyéndolas de todo lo necesario; y reformó así la profanidad de los trajes como la corrupcion de las costumbres en todo su obispado.

Hacia muy alto aprecio de su virtud el papa Nicolao V, mirándole con la mayor veneracion, y deseaba colocar aquella grande antorcha en puesto mas elevado desde donde pudiese difundirse mas en la Iglesia su brillante resplandor cuando sucedió la muerte de Dominico Milcheli, patriarca de Grado, en el año de 1451. Y bien persuadido á que ni el senado ni la ciudad de Venecia consentirian nunca en que se les privase de su santo prelado, resolvió trasladar el patriarcado de Grado á la silla episcopal de Venecia, precisamente en consideracion á nuestro Santo. Costó mucha dificultad hacerle aceptar esta nueva dignidad, y fué necesaria toda la autoridad del papa para vencer su repugnancia por lo mucho que sobresaltaba á su humildad cualquiera cosa que oliese á lustre, aparato y esplendor. No se disminuyó su fervor con el peso de los años. Todos los dias celebraba el santo sacrificio de la misa con nueva devocion, creciendo

cada dia su amor á Jesucristo y su ternura á la santísima Virgen, por lo que cada dia le colmaba tambien el Señor de nuevos favores. Cierta santo ermitaño, que habia mas de treinta años vivia en la isla de Corfú con grande opinion de santidad, aseguró á un noble veneciano que Dios estaba estremadamente irritado contra la ciudad de Venecia, la que ya hubiera experimentado los terribles efectos de su cólera si no la hubieran desarmado las oraciones del santo patriarca.

Habia tiempo que se iban sensiblemente debilitando sus fuerzas, sin ser posible reducirle nunca á que moderase algo sus apostólicos trabajos, sus mortificaciones y su abstinencia, cuando diciendo misa un dia de Navidad se sintió extraordinariamente encendido en un vivísimo deseo de gozar de Dios, y de verle cara á cara. Al salir del altar le asaltó la calentura, y en pocos dias le redujo al último peligro. Siempre habia dormido sobre la dura tierra, y no se pudo conseguir de él que mejorase de cama en la última enfermedad. *Jesucristo murió en una cruz*, decia el Santo á los que le apuraban sobre esto, *¿y quereis que un pecador como yo muera en una blanda cama?* Dábanle mucha pena los desvelos y la solicitud de los que le asistian por procurarle algun alivio, y no fué posible vencerle á que admitiese el mas mínimo, ni aun se le pudo persuadir á que interrumpiese su abstinencia. En fin, habiendo recibido los santos sacramentos, y despues de haber consolado á sus familiares, que se deshacian en lágrimas, diciéndoles no debian celebrar con llanto el dia mas alegre de su vida, entregó tranquilamente su espíritu al Señor el dia 8 de enero del año 1455, á los sesenta y tres y medio de su edad, lleno de dias y de merecimientos, dotado con el don de profecia y de los milagros, que continuaron despues de su muerte. Todos convienen en que las obras que dejó al público están mas llenas de sólida piedad que de afectada erudicion, siendo dificultoso leerlas sin que el alma se sienta movida á la devocion que respiran.

Fué preciso dejar espuesto el santo cuerpo por muchos dias á la veneracion de los pueblos que concurrieron de todas partes luego que se estendió la noticia de su muerte. Suscitóse una disputa sobre el lugar de su sepultura entre el cabildo de la catedral y los canónigos reglares de S. Jorge, por cuyo motivo estuvo el cadáver descubierto por espacio de sesenta y siete dias en la sacristia de la iglesia patriarcal, sin que al cabo de tan largo tiempo se espermentase ni la mas mínima señal de corrupcion. Hizo el Señor glorioso su sepulcro con gran número de milagros; por los cuales, y por la santidad de su vida, se movió á beatifi-

carle el papa Clemente VIII, precediendo las formalidades necesarias; y el papa Alejandro VIII le canonizó solemnemente el año de 1690, fijándose su fiesta, por orden de la santa Sede, al día 5 de setiembre, que acaso sería el de la traslación de sus reliquias.

## SANTA OBDULIA.

**E**N este día hace conmemoracion el Martirologio romano de Sta. Obdulia, de quien escribe el P. Quintana Dueñas en su Santoral Toletano, que aunque se ignoraron los padres, nacimiento, educacion y acciones de esta gloriosa vírgen, y el género de martirio que padeció en la cruel persecucion que suscitó contra la Iglesia el impío Juliano apóstata; consta haberse celebrado en la Iglesia de Toledo con especial solemnidad, según se acredita por los antiguos Misales y Breviarios de aquella santa Iglesia, cuya proteccion, con la de otros Santos tutelares de la misma ciudad, fué invocada por el rey Alfonso VI en la conquista de Toledo, donde se conservaron sus reliquias en grande veneracion hasta la irrupcion de los árabes; en la que temerosos los fieles de que cayesen en manos de los bárbaros, las trasladaron á Palma, fortaleza de Andalucia, de grande seguridad para la custodia de semejante tesoro. Allí permanecieron hasta el año 878, en que D. Juan Ocense, arzobispo de Toledo, queriendo enriquecer su Iglesia con las reliquias de la ilustre mártir, las volvió á ella en el 5 de setiembre del año insinuado, en que de ella hace mencion el Martirologio romano.

El mismo escritor advierte ser distinta esta heroína española de otra STA. OBDULIA, que los Martirologios señalan en el día 13 de diciembre, vírgen y no mártir; la que habiendo nacido ciega, recuperó la vista al tiempo que recibió el bautismo de mano de Eberardo, obispo de Baviera; que es la que celebran religiosa benedictina los cronistas de esta religion, natural de la provincia de Alcasia, hija de Atico, duque de Suevia, la cual fué abadesa del monasterio que edificó su padre en el monte Boseo; y murió por los años 692.

## SAN BERTIN, ABAD DE SITHIEU.

**H**ACIA el fin del siglo séptimo y hácia el principio del octavo dió el Señor al mundo cristiano un ejemplo de perfecto desasimiento, y un escelente modelo de la perfeccion religiosa en la persona de S. Bertin. Era pariente cercano de S. Omer, y por

consiguiente su familia una de las mas nobles y mas poderosas del país. Nació en Goldenthar, patria de S. Omer, ó por lo menos en el territorio de Constanca en el alto Rin, que separa al país de los suizos de la Suavia. Fruto fué de la cristiana educacion que le dieron, y sobre todo de la gracia sobreabundante con que le previno Dios desde la infancia, aquella anticipada virtud que se dejó admirar en el niño Bertin desde sus primeros años.

El esplendor de su nacimiento, la opulencia de su casa, su grande espíritu y las demás bellas prendas de que estaba dotado, todo concurría á prometerle las mayores esperanzas, abriéndole una carrera toda cubierta de flores. Presentábale el mundo á manos llenas lo mas lisonjero y lo mas tentador que posee en esto que se llama fortuna; no habia puesto tan elevado ni empleo tan distinguido á que no pudiese aspirar racionalmente. Conspiraba todo á brindarle con las conveniencias y con las mas exquisitas dulzuras de la vida en una edad en que la apariencia sola de los honores deslumbra, y la esperanza de los placeres encanta. Pero todos estos halagüenos atractivos hicieron poca impresion en el niño Bertin. El gusto que tomaba á la oracion y á los libros devotos, las vidas de los santos que leia frecuentemente, su continua meditacion en las verdades eternas de la religion, y la tierna devocion á la santísima Vírgen; todo esto le inspiraba disgusto y tedio á cuanto sonaba fortuna, elevacion y brillantez, comunicándole una grande inclinacion, un singular amor al recogimiento, á la soledad y al retiro. Movióle mucho el ejemplo que le acababa de dar su ilustre pariente S. Omer, el cual, prevenido con la misma gracia que Bertin, lo habia abandonado todo por seguir á Jesucristo, y se habia ido á encerrar en el célebre monasterio de Luxeu, en el condado de Borgoña. Habia tiempo que nuestro Santo andaba tambien meditando volver las espaldas al mundo, y así le pareció que ya no debia detenerse mas á deliberar; por lo que resuelto á imitar el mismo ejemplo, y á tomar el mismo partido, puesto que para ello le solicitaba tambien la misma gracia, sin dar oidos á las voces de la carne y sangre, se determinó en fin á seguirle. Tenia dos estrechos amigos, llamados Momolein y Ebertran, que habian contraido con él la mas fina amistad, uniendo á todos tres la conformidad de genios y de inclinaciones, los cuales no bien entendieron su resolucion, cuando le quisieron tambien acompañar en su retiro. Partieron todos tres á Luxeu, donde fueron tiernamente recibidos del abad S. Walberto, que lo era á la sazón de aquella célebre y santa comunidad despues de la muerte de S. Eustaquio, sucesor de S. Columbano, su primer funda-

dor, y que tanto la habia ilustrado con su santidad y con sus milagros.

Vivian en aquel santo monasterio, menos como hombres que como ángeles, mas de quinientos monges, cuyo fervor creció visiblemente con el de los tres novicios. Sobresalia mucho en el ejercicio de todas las virtudes S. Omer, que habia algunos años se hallaba en el monasterio. Este fué el modelo que Bertin se propuso á sí mismo para la imitacion; y aunque el original descolaba tanto en las virtudes monásticas, presto le compitió la copia. Desde luego se dejó admirar su modestia, su humildad, su mortificacion, su piedad y su frecuente trato con Dios en la oracion. Apenas podian comprender los mas ancianos lo mismo que estaban viendo; esto es, como un jóven ilustre dotado de tan nobles prendas, y en la flor de su edad, habia llegado casi á lo mas alto de la perfeccion dos meses despues que habia dejado el mundo. Verdad es que aborrió mucho camino su recogimiento interior, su exacta observancia hasta de las reglas mas menudas, y los rigores de su asombrosa penitencia; de manera, que toda aquella numerosa comunidad de Luxeu no tuvo la menor duda de que con el tiempo seria el novicio uno de los mayores santos que ilustrasen al monasterio.

Acabado el tiempo de la probacion y noviciado, hizo Bertin la profesion juntamente con sus compañeros; y considerando el superior los méritos de todos tres, y los grandes servicios que podian hacer á la Iglesia, los obligó á ordenarse de sacerdotes despues de haber recibido los demás órdenes sagrados. Con el sacerdocio adquirieron nuevo realce las virtudes de S. Bertin, y por la disposicion con que recibió los sagrados órdenes mereció aquella abundancia de gracias y de dones sobrenaturales que acompañan al sagrado carácter cuando se recibe dignamente. Parecia Bertin en el altar un abrasado serafin; tanto se manifestaba hácia afuera en divinos ardores y en dulces copiosas lágrimas el encendido amor de Dios que inflamaba su corazon. Habia sido promovido S. Omer al obispado de Terovana, ciudad de los Países Bajos, en el condado de Artois, y trabajaba con felicisimo suceso en desmontar aquel inculto campo, que despues de mucho tiempo estaba cubierto de maleza; y noticioso el abad de Luxeu de que el santo obispo tenia necesidad de obreros que le ayudasen á trabajar en la viña del Señor, le pareció no los podia encontrar mas á propósito que S. Bertin, Momolein y Ebertran, los cuales respetaban á Bertin como á su maestro en la perfeccion religiosa. Partieron juntos con la bendicion del abad, dejando á toda la comunidad muy desconsolada porque perdía de vista

aquellos tres grandes modelos. Recibiólos S. Omer con el gozo que acostumbran los santos, siendo siempre la virtud su verdadero principio; y apenas los destinó su mision, cuando se aplicaron á la instruccion de los pueblos con un zelo que no podia dejar de merecer las bendiciones de Dios.

Habiéndose encontrado con un campo que casi habia un siglo estaba enteramente abandonado, y que aun desde los principios no habia tenido mas que un cultivo somero y superficial, tuvieron que padecer muchas fatigas, trabajos y contradicciones en un empeño tan arduo como era el desarraigar á un mismo tiempo la idolatria y los vicios que reinaban en el país, y civilizar las costumbres de aquellos pueblos todavía bárbaros y feroces por la mayor parte.

Muy en breve recogieron una abundante mies los tres varones apostólicos, tan poderosos en obras como en palabras; y echando Dios la bendicion á sus zelosos trabajos, todo el país mudó de costumbres y de semblante, mudando de religion. No encontrando ya nuestro Santo estorbo alguno que pudiese contener su fervor, soltó la rienda á su zelo; pero sin que las apostólicas fatigas le dispensasen en sus acostumbradas penitencias, siendo la mocion de sus palabras efectos de su tierna devocion. Persuadian sus ejemplos tanto como sus sermones, y ganaba los corazones de todos con aquella su dulce mansedumbre, que á ejemplo de Jesucristo hacia en parte su carácter.

Así cultivaba S. Bertin con sus dos compañeros aquel silvestre terreno, que ya comenzaba á llevar tan copiosos frutos, cuando un señor del país llamado Ardecal, movido de las maravillas que obraban los apostólicos varones bajo la direccion de S. Omer, y en reconocimiento de la gracia de su propia conversion vino á ofrecer generosamente al santo prelado el territorio de Sithieu con todas sus pertenencias, para que usase de él como juzgase mas conveniente á mayor gloria de Dios y provecho de los pueblos. Viendo S. Omer tanta multitud de conversiones como se hacian cada dia, pareciéndole muy necesario algun retiro donde se pudiesen refugiar los que deseasen servir á Dios desviados del comercio y del bullicio del mundo, consintió se fundase en aquel sitio un monasterio para S. Bertin y sus dos compañeros, y para que se recogiesen á él los que se hallasen movidos á vivir en soledad. Y este fué el origen de la célebre abadía de Sithieu, que por largo tiempo fué en el Artois un seminario de santos, como lo fué en Borgoña la abadía de Luxeu. Fundóse presto el monasterio; y apenas se halló erigido, cuando se halló poblado. El primer pensamiento del santo obispo fué que des-

de luego le gobernase S. Bertin; pero el Santo, á quien sobresaltaba la sombra sola de prelación, le supo alegar tantas razones, que al fin consintió S. Omer en que Momolein gobernase el monasterio.

Muy en breve se hizo célebre en todo el país, renovándose en él aquellos grandes ejemplos de mortificación y de santidad que tanto se admiraron en los monasterios antiguos mas celebrados. Era la oracion continua, el coro perpetuo, la abstinencia y los mas rígidos ayunos las primeras reglas del instituto. No obstante de tener el monasterio buenas rentas, la comida ordinaria de los monges eran raíces, pan y agua; lo demás se repartía entre los pobres. Nunca se evacuaba el coro ni de dia ni de noche, porque á todas horas se cantaban en él las divinas alabanzas, ni los mas penosos trabajos dispensaban jamás en estas santas vigiliass.

Habiendo muerto en el año de 659 S. Eloy, obispo de Noyon y de Tornay, fué nombrado el abad Momolein por sucesor suyo, y en su lugar entró S. Bertin á ser abad del monasterio, sin que le valiesen sus razones ni sus lágrimas. Durante el gobierno de nuestro Santo fué en rigor cuando el monasterio de Sithieu se hizo uno de los mas célebres del reino; pues apenas se estendió la fama de que era abad S. Bertin, cuando de todas partes concurren pretendientes á ponerse debajo de su direccion. Creció tanto el número de los monges, que siendo ya estrecho el nuevo monasterio, fué preciso fundar otro mas espacioso para contenerlos; y habiendo obtenido de S. Omer la iglesia de nuestra Señora que él mismo habia fundado á alguna distancia del monasterio, hizo construir nuevos cuartos en el mismo territorio de Sithieu, cerca de esta iglesia, y trasladó á ellos los monges del convento viejo, que todo él se reducía á algunas malas celdillas; y este nuevo monasterio se dedicó con el nombre de la santísima Virgen y con el de S. Pedro.

Creciendo cada dia la reputacion de nuestro Santo, acudieron al monasterio de Sithieu los señores mas calificados para pasar el resto de la vida en ejercicios de penitencia y de virtud bajo su magisterio y disciplina. Subió tanto su número, que no siendo tampoco ya bastante el nuevo monasterio, fué preciso pensar en fundar otro tercero mas capaz, como efectivamente le fundó el Santo en el castillo de Worenokult, que liberalmente le ofreció un señor llamado Hermar, y el santo abad le puso bajo la proteccion de S. Martin, que fué tambien el titular de la iglesia.

Acompañaba S. Bertin sus exhortaciones con sus ejemplos, y tuvo el consuelo de ver copiar á aquel gran número de monges

en el desierto de Sithieu los grandes modelos de penitencia, de observancia y de rigor que se creian encerrados para siempre en los desiertos de la Palestina. Sintióse muy decaido de fuerzas corporales, y totalmente oprimido al peso de sus rigores y de su extrema vejez, quiso absolutamente renunciar la prelación para tener el consuelo de vivir y morir con dependencia y con subordinacion. Renuncióla con efecto en manos de su querido discipulo Rigoberto, dedicándose á solo Dios en su vida privada, para lo cual se retiró á una ermita consagrada á la santísima Virgen cerca del cementerio de los monges, donde pasaba en oracion los dias y las noches.

Habia entregado toda su confianza á nuestro Santo el conde Walbert, y ningun año dejaba de visitar muchas veces la iglesia del monasterio para confesar y comulgar y cumplir con sus devociones. Acabando un dia de comulgar, recibió una carta que le estrechaba para que se volviese luego á su casa, y con la priesa partió sin tomar la bendicion del Santo como lo acostumbraba. Admirado un monge llamado Dodo del precipitado viaje del conde, significó su estrañeza á S. Bertin, quien le respondió arrancando un profundo suspiro: *¡Ay Dios! ya el Señor le castigó, y harto severamente.* No bien acabó de pronunciar estas palabras el siervo de Dios, cuando llegó un criado del conde, y arrojándose á sus pies, le rogó que se compadeciese de su amo, el cual habia caido del caballo y estaba medio muerto, molido todo el cuerpo, y ya casi espirando. Mandó Bertin que le trajesen un poco de vino, que tambien se apareció allí milagrosamente; y echándole la bendicion, se le envió al enfermo, el que apenas le probó cuando quedó enteramente sano, y el mismo vino á pedir al Santo la bendicion juntamente con el perdon de su falta.

Pasó S. Bertin el resto de sus dias en contemplacion, sujetándose por otra parte, como pudiera un novicio, á todos los ejercicios de la observancia regular; y en fin, despues de haber vivido algunos años sin otro pensamiento que el de prepararse para la muerte, la logró feliz el dia 5 de setiembre del año 709 á los noventa y seis de su edad, ó, segun algunos, á los ciento doce. Fué enterrado en la iglesia de S. Martin, donde manifestó Dios su santidad con gran número de milagros. El año de 846, temiendo Fulquin, obispo de Terovana, que hurtasen este tesoro, le escondió, y no fué descubierto hasta doscientos cuatro años despues. Colocáronse sus reliquias en una urna de plata guarnecida de oro y piedras preciosas, en la cual se conservan espuestas á la veneracion de los fieles.